

# DESALMADAS

Ana Claudia Martínez



## Capítulo 1

Estábamos obsesionadas con nuestro peso, claro que sí, como la mayoría de las chicas de catorce años. Pero la pérdida de los 21 gramos fue lo que suplantó la mirada fija, día tras día, en la balanza.

En el inicio de los tiempos no le llamábamos experimento. Era un simple juego. Que tuviésemos pechos incipientes y vello en el pubis no nos desterraba de la infancia. Habitaríamos nuestra tierra hasta que la sangre nos arrojase al inexplorado territorio de la madurez. De todas formas no podíamos darnos el lujo de asumir riesgos, porque la mirada adulta siempre está teñida de miedos, y para ello manteníamos un código secreto.

La última vez que nos pesamos Julia estaba en desventaja. Había recaído tras un almuerzo en familia y no pudo resistirse a las frutillas con crema. Le llevaba un kilo y doscientos gramos de ventaja. Por supuesto que en el ideal de perfección los números pequeños son los que ganan. En estos ejercicios gana el que menos tiene. La carencia es sinónimo de triunfo, de tener más, de ser más: belleza, status, miradas, conquistas, poder, libertad. Pobre Julia, no me hubiese gustado sentirme tan cerda como sé que ella se repetía en aquel tórrido silencio.

Para distraerla le comenté algo que había leído recién en alguna revista del Readers Digest. No estaba segura de que fuera a conectar con la emoción del descubrimiento. No era tonta. Iba a mencionar números referidos a ciertos pesos y eso sólo podía llevarla al campo que la llenaba de culpa: las frutillas con crema que ahora se convertían en jugos putrefactos en su aparato digestivo, para dejarse succionar en el tracto intestinal, algunos convertirse en celulitis – otra de nuestras enemigas – y otros defecarse, en el mejor de los casos, hacia el final del día, o al inicio del próximo si se obligaba a tomar suficiente agua con laxantes.

Existía una manera, segura, en apariencia, como todas las dietas milagrosas propugnan, de perder exactamente 21 gramos. Parece poco, pero un gramo lo es todo cuando se busca la nada. Éramos adolescentes, pero no tontas. Así nos decían, los otros, nuestros padres, madres, vecinos. Para ellos éramos adolescentes. Pero no nos dolía nada. No padecíamos sufrimientos en el vientre, retorcijones, flatulencias, excepto la que nos acompañaba en las tardecitas si no habíamos ingerido suficiente agua y no supimos resistir a un chicle sin azúcar. Tampoco nos cambiaba en exceso el humor, salvo por algún episodio de irritabilidad o malhumor si nos incomodaban con preguntas del tipo: “¿no tenés hambre?, ¿no te gustó la comida?, si querés te preparo algo que te guste”. Este era el costo de ser como éramos: niñas eternas, no

adolescentes. Eso jamás.

Se sorprendió. Le gustó. A Julia se le marcó el rictus encantador. La ceja izquierda erecta, presta a captar de un zarpazo la nueva información. Así era ella, por demás encantadora. Los chicos alucinaban con su presencia. Triste, alegre, alcoholizada, abstemia, rígida, plástica, como fuese, la adoraban. Pero ella nunca podía ser. Intentaba. Y se veía abortada. Destinada a no poder ser. Quedaba a medio camino; sin que los demás lo notaran, era el aborto por naturaleza.

Pensamos que era buena idea comenzar con sus hamsters. Chiquitos, mudos, maleables, dóciles. Tenía una parejita pintoresca. Ella, Catita, marroncita y con un ojo siempre cerradito; él, Poto, blanco impoluto, más grande e inquieto, la molestaba en todo momento. Cada quince días Catita entraba en celo y Poto se resquebrajaba en el ardor. La montaba rápido, siguiendo los designios del instinto. Ni tiempo para el éxtasis, había que asegurar la permanencia de la especie, aunque el destino les marcaba vivir dos años, unos casi setecientos días encerrados en una pecera con agua, ración y ruedita anti estrés.

Ese fue el primer experimento fallido. No se puede perder 21 gramos, que no existen, hasta los tres meses. Hasta las doce semanas de gestación no existe ese bendito número.

Asistimos a la férrea pelea entre macho y hembra. Catita y Poto se percibían como dos montículos de carne que se disputaban los bultitos rosados ocultos en el aserrín. Cuando los separamos era tarde, como suele suceder con los estragos que produce cualquier separación, que nos lo dijeran a Julia y a mí, típicas hijas únicas de padres modernísimamente, super cool, separados. Poto se daba la cabeza contra la esquina de la jaula, se rompía los dientes con el óxido. Endemoniado, no podía creer que la otra estaba sucumbiendo a sus deseos.

Catita, en otra época delicada y suavcita, era un manojito, incontrolable, de nervios. Una sed de hijos crudos le ocupaba la garganta. Los buscaba, frenética, entre el aserrín. Aún vivos se los engullía y le veíamos el placer, exorbitante, en el ojito derecho, bien abierto. Su hijito chillaba en ese modo desesperante y desértico que tiene los hamsters. Hasta ese momento las alarmas de los autos era lo más intolerable de escuchar. Se lo metía hasta la mitad del cuerpecito, dejando los bracitos y cabecita para lo último. Es decir, por si no queda claro, que su hijito era tragado en el amor devorador de su madre, que no tenía programado en su ADN aplacar su temor y dolor, con un golpe inicial que llamara a la inconsciencia. No. Debía actuar rápido. Poseerlo en sus tripas antes de que le ganase el padre. Su hijo era suyo. Movía los bracitos y pretendía abrir los ojitos, herméticamente cerrados por la etapa de recién nacido, de recién arrojado a la vida, sin vellos que le cubriesen el cuerpecito, porque, total, ¿qué frío podría circundar en esa pecera que su madre no pudiese

atajar?

Así nos frustramos y, si bien fuimos testigos de la pérdida de unos gramos de una futura vida en los pequeños hamstercitos, no eran aquellos 21 que nos obsesionaban. Nos tranquilizó saber que ese pequeño no iría ni al cielo, tampoco al infierno, no habría redención ni reencarnación. El amasijo de carne que llegó a tener un minúsculo bombeo entre las costillitas volvió a ser lo que era: carne sin más.

Empezamos a jugar en ligas mayores cuando convencimos a mi madre para que Cocholatita quedase embarazada. "Preñada", me dijo, astuta, Julia. No conviene que nos encariñemos con el resultado del experimento. Si bien Julia era tildada de chica profunda y sensible yo sabía que ahí no tenía competencia. El triángulo de rasgos se me cerraba con el de la extrema sensibilidad. ¿Por qué otra razón, si no, estaría embarcada en este proyecto de buscar los 21 gramos que pesa el alma?

Cocholatita, tras quedar abotonada un par de horas con aquel perrito tan lindo, mezcla de varias razas, intrépido y persistente, quedó con su pancita llena de huesos. Me tomo la licencia de esta expresión porque se ciñe con una exactitud desafiante a nuestra investigación. ¿Sólo de huesos estaría compuesta esa pancita? ¿O acaso descubriríamos un leve aumento de peso, que repartido en varios perritos, nos daría el alma de cada uno?

Podría reconocer que cometimos un error de cálculo. Pero eso sería alejarse de la verdad. El error consistió en haber accedido de manera tardía a una crucial información. La gestación de las perras no llega a los tres meses. Eso ya nos anticipaba que los perros eran todos unos desalmados. Igual que los hamsters. Ah, y los gatos. Parecería que no es el mismo caso para las ballenas y elefantes.

Mi madre decidió regalar a todos los cachorros porque Cocholatita, dulce narcisista, no podía claudicar de su puesto de hija única, heredera de su propio trono. Lloré un poco pero Julia me supo sostener. Me recordó que había un hueco que no habíamos poblado y que para eso sí deberíamos convertirnos en unas cerdas, animalarnos un tiempo, unos años quizá, hasta que la adolescencia, con sus menstruaciones y fertilidad, nos colocara en el lugar propicio para comprobar lo que intuíamos.

Lo de conseguir un macho alfa no era problema. Contábamos con el encanto de Julia. Por aproximación yo accedía a un interés "por tabla". Con sus piernas largas y torneadas, el vientre plano – nunca lo suficiente – las tetitas acomodadas en los push-ups y el pelo ondeando en los hombros descubiertos siempre volvíamos con algún par de sementales rendidos a nuestros pies. A sus pies. Yo era la alfombra que se beneficiaba de su sombra. Ella fue la primera en quedar. Tras los desajustes hormonales de las primeras menstruaciones después, en el impasse de nuestras respectivas anorexias, se reguló y su puntualidad inglesa para

ovular no fallaba. Yo tuve sexo unas noches después que Julia. A eso se debió el retraso. Si bien no pudimos cumplir con el primer objetivo, nuestro ideal, de quedar embarazadas en el mismo momento, servía que ambas gestáramos para controlar nuestros pesos.

Nos pesábamos en la balanza especial de mi madrina que trabaja como nutricionista, esa que discrimina entre la grasa, el agua y los huesos. A las doce semanas debíamos eliminar del resto de los números un excedente de 21 gramos. Se suponía que al comprobar ese número, esa diferencia, estaríamos siendo madres de un ser humano. La glándula pineal del embrión, mutando en feto, sería ocupada por el alma. Lo que antes era puro hueso y carne, ahora era un ser. Pasaría de no existir, no ser, ser la nada, un montón de carne apiñada con cierta lógica, órganos que se iban disponiendo con cierto sentido biológico, pero no más que la presentada por el hámster devorado por su madre, o los cachorritos desarraigados, a un ser con alma. En ese momento se suponía que Julia y yo nos sentiríamos madres.

Julia no sintió nada. No le cambió en las entrañas ese peso ínfimo. Se sentía gorda, asqueada, con hambre en todo momento, llena de granos, náuseas, más cerda que nunca. No había nacido para eso. Ansiaba la nada. Añoraba la presencia del hambre. Ya no tenía fuerza, su encanto se había despedido. Era una esclava de lo que quería brillar dentro de aquella glándula pineal, que ni la suya era. Quería volver a ser y no podía. No lo conseguía. Se sentía abortada.

Y abortó. Para poder ser. Para nacer a ella misma. Tenía que volver a sentir la nada para ser toda.

Yo no aborté. Me quedé con los 21 gramos. Me perdí, me duelé, me enterré porque no volví a ser. Soy un ser que se dejó engañar por esos 21 gramos y luego temió cortar el hilo que podría unir lo que estaba en su útero con el más allá. No quiero a ese ser humano que me provocó la cesárea. Tiene su peso de alma. Él tiene un alma. Se la veo con mis dos ojos bien abiertos. Pero no lo quiero. Porque él es yo no soy.

¿Por qué, entonces, los demás sostienen que Julia es una desalmada?